

FRANCISCO MUÑOZ GUERRERO<sup>1</sup>

## LOS SOLDADITOS DE PLOMO

*Personas así, como este don José,  
se encuentran en todas partes, ocupan  
el tiempo que creen que les sobra de la vida  
juntando sellos, monedas, medallas.  
José Saramago: Todos los nombres.*

**N**i el tiempo ni las muchas contrariedades de la vida habían conseguido hacerle abandonar lo que empezó como un entretenimiento para matar las horas baldías. Poco a poco, casi sin darse cuenta, el olvido de las cosas del mundo que le proporcionaba tan sencilla afición acabó por convertirse en una especie de remedio que lo ayudaba a subir las cada vez más empinadas escaleras de una existencia apagada. Cuando terminaba de pintar uno de sus soldaditos de plomo, Eladio Montavilla, don Eladio, que así era conocido en el barrio, sentía la complacencia de quien remata una gran obra; eso para él era lo más cercano al éxito.

<sup>1</sup> ANLE y periodista, escritor y promotor cultural, ha sido Secretario General de la Fundación del Español Urgente-Fundéu. Es autor de varias publicaciones de la Agencia Efe sobre el lenguaje en los medios de comunicación, así como también de los libros de estilo de Red Eléctrica Española y de otras instituciones. Cuenta con varios premios y distinciones. Entre sus obras de creación literaria se destacan *El Bosque del Rey*, *Las colinas del Edén* y la más reciente *Las puertas secretas de Sefarad*. <http://www.anle.us/398/>

Vivía don Eladio en un piso pequeño y antiguo de la zona centro, solo, ligado a una soltería más obligada que querida. Era menudo, algo corto de vista, de modesto pero pulcro vestir, parco en palabras por tímida reserva, comedido en costumbres, educado en el trato y cumplidor en su trabajo. Una buena persona en el decir de quienes lo conocían.

No quiso la suerte darle abastos suficientes y su existencia anduvo errabunda de un menester a otro en modestas ayudantías hasta que un azar descuidado le permitió anclar su vida en un negociado público, donde consiguió emplearse como asistente temporal hasta que ganó unas oposiciones a oficial de segunda. Allí, entre legajos, expedientes y registros dejó la impronta de su buen hacer en los menesteres que le encomendaban y fue así como, con los años, se granjeó el respeto y la consideración de jefes y compañeros.

A don Eladio, como queda dicho, le gustaba pintar soldaditos de plomo, de los que tenía una dilatada colección: cohortes romanas, hititas, guerreros galos, caballeros del rey Arturo, dragones, honderos, balistarios, arqueros, templarios, cruzados, húsares, ulanos, cosacos... Toda la historia guerrera fundida en una amalgama de colores, uniformes, estandartes, banderas y pendones copiados de un voluminoso libro que resumía la evolución de la milicia desde sus albores. Curiosamente, en su diminuto ejército no había armas de fuego, ni tanques, ni aviones, ni ametralladores, ni misiles ni nada que sirviese para matar desde lejos, con la excepción, claro, de arcos y ballestas. La única concesión que le permitía a la gran maquinaria militar eran las catapultas y las torres de asalto. Sus soldados portaban lanzas, espadas o hachas, nada más.

Cada tarde, cuando llegaba a su casa después del trabajo, colocaba sobre la mesa los finos pinceles, pequeños botes de cristal con pintura de distintos colores, trozos de trapo y disolvente para la limpieza. Después seleccionaba una o dos figuras de plomo, según la complejidad, y se entregaba a la tarea hasta la hora de la cena, en que lo recogía todo y lo colocaba en el lugar correspondiente: los soldaditos recién pintados en una vitrina para que terminaran de secarse al resguardo de cualquier mota de polvo; el resto de los utensilios, dentro de una caja de cartón que guardaba en un mueble de la cocina. Una cena ligera ponía el colofón a la jornada.

Aquel viernes se levantó fatigado. Había pasado la noche intranquilo, en un duermevela que no le permitió descansar adecuadamente y por eso, cuando el despertador sonó, tuvo que hacer un gran

esfuerzo para levantarse, pero no era cosa de faltar al trabajo por una ligera indisposición que casi con toda seguridad se debía a una digestión inadecuada por haber cenado más de lo habitual.

Después de afeitarse se vistió despacio, como cada día, y también como cada día fue a la cocina para prepararse el desayuno, pero solo se tomó medio vaso de leche, ni siquiera probó las galletas rellenas de crema que tanto le gustaban. Bajó con cuidado las escaleras, salió a la calle y se dirigió con paso cansino a la parada del autobús que lo llevaría hasta el lugar de trabajo. Dos veces hizo un alto en el trayecto porque se sentía algo mareado. «Ha sido la leche, no debí tomármela. Un ayuno de vez en cuando no viene mal y eso es lo que debería haber hecho, ayunar», se dijo mientras aguardaba sentado a que el autobús llegase.

Esa mañana le costó concentrarse en el trabajo. Sentía la cabeza pesada y flojedad en las piernas, pero no quiso pedirle permiso a su jefe para marcharse a casa por no andar dando motivos para que pudieran pensar que lo que quería era irse antes de la hora de salida. De todos modos, era viernes y no tenía que volver por la tarde, así que aguantaría un poco más ya que tenía todo el fin de semana para recuperarse. No era la primera vez que le ocurría algo así y en las otras ocasiones había actuado de modo similar. Un buen descanso y el lunes ya estaría bien.

El camino de vuelta se le hizo más largo que de costumbre. La pesadez de la cabeza iba en aumento y un sudor frío le bañaba el cuerpo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas consiguió subir las escaleras hasta su casa, en el cuarto piso. Buscó un termómetro y se lo puso: casi treinta y nueve grados de fiebre. «He debido de coger un enfriamiento», comentó en voz alta mientras revolvía en el cajón de los medicamentos en busca de algo que le bajara la calentura. Después de tomárselo se preparó un baño de agua casi fría, pues eso fue lo que le recomendó el médico aquella vez que también tuvo fiebre alta a causa de una mala gripe que lo mantuvo postrado en cama durante más de una semana. La acción combinada del antipirético y el baño pareció surtir un efecto beneficioso que le proporcionó un cierto alivio al conseguir que la fiebre bajara. Eso lo animó a comer algo, poco, eso sí, lo suficiente para reponer en parte las menguadas fuerzas, ya que a esas alturas tenía bien claro que su dolencia no era debida a ninguna mala digestión sino a otras causas que nada tenían que ver con la comida, por lo que un poco de alimento no le vendría mal.

Animado por la mejoría colocó sobre la mesa los utensilios de pintar y eligió unos soldaditos, dispuesto a cambiarles el apagado aspecto del plomo por vistosos uniformes de gala. Empezó por la cara y con minuciosidad y paciencia les fue pintando las cejas, los ojos, la nariz, la boca, los pómulos, la barbilla, las orejas..., hasta que los inanimados rostros plomizos acabaron por parecer humanos. Después continuó con el atuendo militar sin dejar de lado ningún detalle de la indumentaria. Cuando hubo terminado llevó los flamantes guerreros a la vitrina, limpió los pinceles y los guardó con los botes de pintura en la caja de cartón. Faltaba poco para que diesen las ocho y media; había estado casi cuatro horas enfrascado en la tarea y apenas si había sentido ningún malestar, pero entonces empezó a notar que la fiebre regresaba. Volvió a ponerse el termómetro y comprobó la temperatura: la misma que cuando llegó a la casa. Estuvo tentado de llamar al médico, pero decidió repetir el remedio que tanta mejoría le había proporcionado; por la mañana, si la destemplanza persistía, daría aviso para que el doctor viniese a verlo.

Don Eladio rara vez soñaba, pero esa noche lo hizo. Soñó que sus soldaditos cobraban vida y que lo elegían a él como general del inmenso y colorista ejército que durante tantos años había conseguido reunir. Pasó revista a todos, uno por uno, y cada rostro era el recuerdo de una tarde entregada al quehacer de pintar de gala aquellos humildes uniformes de plomo. Dispuestos en orden de combate, sus tropas lo vitorearon y él, Eladio Montavilla, a lomos de un caballo blanco de largas crines, partió al frente. Se libró una gran batalla y muchos de sus soldados murieron. También él resultó herido, pero lograron salir victoriosos y consiguieron crear un mundo nuevo, ideal, una gran república donde todo el mundo sin excepción tenía un hueco y en la que no cabían maldades ni bajezas.

\*\*\*

Cuando el miércoles siguiente, extrañados por la falta de asistencia al trabajo durante tres días seguidos, fueron a visitarlo a su casa para interesarse por él, se encontraron con miles de soldaditos silenciosos que, con los uniformes rotos y manchados de barro y sangre, muchos de ellos con vendajes que cubrían figuradas heridas, montaban guardia en perfecta formación alrededor de la cama sobre la que yacía el cuerpo sin vida de don Eladio Montavilla.